

BAJO LOS CIELOS DE ALICE SPRINGS

ESE GRILLO EN FLOR QUE BAILA EN PIE

Ese grillazo en flor que baila en pie, que baila en pie se hunde en mi noche y pide su música sagrada así se caiga el mundo y sea una fiera enorme que te trae morada de la ciudad medieval de los cielos

como de la piel obvia.

Empecinada fiera

de longitud arenosa como una playa del Pacífico que arde bajo el sol. Empecinada de párpados llenos de maldad y obvia. Rápida y enteramente obvia, como la corriente de un río de sangre que ruga y se avalanza clandestina y mortal,

con un aire salado y cruel como ese grillazo en flor que canta y llora a un tiempo y dice qué importa el olvido y la quejosa y estúpida humedad. Debieras entender que hay algo más poderoso que eso de verte así se caiga el mundo.

Puedes decir mata mi pecho que un león ruga como una tormenta azul que entregaré de todos modos mi vida.

Todos somos criaturas indefensas portadoras de amuletos sagrados que encierran el destino.

Portadora

y gracia

de una

sed

movediza

que entra en mi fibra negra y domina las solitarias colinas sin encender la guerra ni hacer flamear la obvia bandera del olvido.

Alguna vez escribimos amor

y desembarcamos felices y puros con el mástil obstinado hacia el horizonte y los cuerpos libres.

Hubo aposentos de camas amplias para la embriaguez y la carne y la pasión. Y el grillo escapaba estruendoso y bello como un simulacro de antorchas en la noche y cantaba los dulces paraísos que alimentaba los grandes días bendiciendo...

Y una gramilla eterna se extiende ahora ante mis ojos donde las ciudades-cielos eran relámpagos que alargaban

el fuego hacia la tierra.

Y era obvia la oscuridad cuando luchaba por verte.

Abri el Libro de los naufragios y leí que estabas a punto de alcanzar el valle escondido entre las montañas donde brotan criaturas bellas como plantas encendidas. Esos valles vírgenes que hacen de los demás un entierro sin pena ni gloria.

Los cielos dorados de techo marfil y cúpulas escarlatas y escudos dorados de los Señores lejanos y temibles como la duda y la ambición. Leí las escrituras y eran aves turbias y coloridas como tú.

Diosa embriagada y obvia como esa piel que reconoce los idiomas que grita el mar y son obvios, obvios y moribundos del mañana que hoy llenan sus pulmones de un gas venenoso y sus ojos de una ilegible fantasía que los hace llorar.

Y ese grillazo en flor no es piedra muerta.

He cerrado el Libro en la tormenta, donde dice:

«miremos nuestras almas bajo el mar». Así se caiga el mundo y sea una fiera enorme

y ese grillazo en flor cante las notas más violentas y dañinas, en una tonada melancólica y borrosa como si fuera su música sagrada.

Es decir, lejos de tu memoria.

HUBO ALGUIEN QUE REVIVIO EL DESEO

Este es mi ticket de salida hacia las tierras secas donde uno se siente dueño de los cielos como los dioses; aquí, mi pasaporte en regla, la visa legible (es decir, con el plazo de admisión en rojo); éstas son las piedras que llevo en los bolsillos, el sol sobre mi piel y las estacas. Este es el rugido en la estación, el polvo en los zapatos, mis dos maletas a los costados. Allí están: mi árbol de manzanas, el amor tan lejano pero qué pasión tan desordenada como mis recuerdos.

En este otro lado restos de comida. Algunas revistas viejas, el desodorante y una pradera enorme y un texto señalado con birome.

Este es mi ticket rápido hacia los cielos más allá de la muchedumbre y los rugidos y los olvidos y las lluvias como llantos, mis valijas, las páginas inconclusas de mi agenda donde faltan las palabras: Espantosamente hartos.

DE REGRESO DE LOS CIELOS EXTERIORES

Así como el Rey Ruderic perdió su cabeza en los campos de Sidonia, así yo he perdido mi lengua y hube de aullar y han sido rojos después los amaneceres;

así mi voz ya no tuvo el alcance de un disparo de ballesta y llegar a más de 5.000 kilómetros de su pequeña flor silvestre y he aquí, pues, el costillar abierto para su deleite, el buen sentido de los hombres reducido a su tristeza, las manos ásperas, la barba crecida, los labios secos, y así clavarme en tus ojos como en mis muertos más queridos, entre mis púas y tu cuerpo perdido en las selvas del Trópico con sus hormigas y sus pájaros pauca-pauca sin volar.

Así da lo mismo el fuego que brota de la sangre, que el estallido salvaje que se esconde en la muerte.

Así también, como Taric mandó cortar aquella cabeza del Rey de los godos (yo repito incansablemente esto en mi grabadora y las palabras parecen estar habitadas por extraños espíritus y sé muy bien que Buenos Aires no es el lugar apropiado para estirar mis pálidos huesos) estos campos del Sur son más verdes y frescos para encender las batallas y vencer tus huestes, como hubiera vencido a los ejércitos de Ruderic. Y entonces me dije ser incapaz de perder mis fuerzas y pensé, cómo invocarte si aquí estoy como aturdido y con los ojos clamando venganza y alguna vez tus plumas de colores atrajeron mis manos con la facilidad del viento, con la facilidad con que la batalla enfrenta a los ejércitos enemigos y los empuja al sueño monstruoso que no se ha de borrar así transcurran mil novecientos setenta y tres años. Y entonces he guardado para mi defensa lorigas, perpunte y guadañas cortantes; cómo sentirte en esta función de gala que hacen del infortunio un desbastado sentir para el Señor de estas regiones; cómo no esperarte ardiente si he estado tenso como un sexo, indoblegable como los rayos del sol, encadenado como nuestros presos en los límites de la voracidad, de lo que serán alguna vez tus senos, el porte de tus pezones, el ritmo de tus tripas. (Y es entonces que recuerdo a un viejo amigo jugador de béisbol, que citaba a Kirilov cuando una pena inundaba sus ojos.)

Así como el Rey Ruderic perdió su cabeza en los campos de Sidonia (el grabador repite mis textos con la claridad del agua), así escribo las pequeñas historias, crónicas y proyectos del amor de las muchachas y así la leyenda será cumplida al pie de la letra y será nuevamente bella tu piel como lo fueron los campos de Sidonia, como una taza de leche; y mis dientes estarán mordéndote como a una rodaja de jamón y esos anillos de tus dedos no son órbitas y esas extrañas apariciones y esos cuerpos perdidos que ahora se ponen a deambular y esas hirientes luces y esas canciones...

AHORA SOY JACK EL DESTRIPIADOR DE LA MENTE

Los corazones esbeltos tienen oro; pero no puedo matar el oro de los corazones esbeltos que traen esas paredes blancas y esos silencios... Los ojos que se alejan de mí tienen tu rostro; pero no puedo besar tu rostro y esos ojos; porque un fantasma maldito mata mis horas y ahora estoy muerto y veo morir, lentamente morir.

Cómo decir esas paredes blancas no valen dos centavos, como no vale el resto de mis sueños, ni tu carne bajo el suéter. Ahora veo el metal convertido en ave silvestre, el ave convertido en un infierno cercano que dice mira tu sombra que hiere mi latido interior y no tiene persecución posible.

Las canciones son animalitos blancos convertidos en proyectores de luz, y este pozo en el que me hundo tiene un sonido de gran consagración, de triste murmullo, de solitario aullido y lo veo morir, lentamente morir.

Las canciones tristes tienen una voz blanca; pero no puedo matar esa voz blanca y ahora digo háblame de tu voz y conviértete en pájaro o en gran espejismo del mundo que no vea morir.

BAJO LOS CIELOS DE ALICE SPRINGS

Yo tengo ahora los recuerdos de tus reflejos de Alice Springs, como oigo los cantos de los ángeles y adivino tus movimientos en el espejo.

Yo veo que salen de tus ojos peces luminosos como ráfagas y turbias son las lágrimas de la vieja canción como lejos está Alice Springs. Y, sin embargo, me quedo gritando en esta antigua feria de las costumbres llena de flores rojas ocultando el sentido de nuestras almas...

Yo, que he entrado en la locura de los discursos peligrosos y el miedo me penetra y soy capaz de llorar cuando veo que salen peces luminosos de tus ojos, como salmones del mar; y arden los recuerdos como en una fiesta del mundo y arden tus ojos como piedras traídas del sol.

Yo tengo ahora la memoria y sacudo las razones como a mis viejos calcetines; porque apareces en mí como esas aguas eternas de la región de los imposibles. Me arrodillo ante ti y espero a que recibas mi enfermedad como a una joya violenta y ruego ante ti con esta enfermedad de sueños perdidos.

De mis visiones salen criaturas rabiosas que desembocan en extraños gritos de ángeles borrachos y melancólicos.

Yo tengo el recuerdo, mientras tu adiós ha sido más rápido que un avión de la Pacific Air Lines sobrevolando mis ruinas. Los recuerdos, mi querida, están atravesados en los nocturnos ojos de los que nos hemos puesto definitivamente a soñar.

Yo apenas si he abierto las puertas de tu paraíso.

MANUEL RUANO

Avenida Principal Las Palmas
(frente a Plaza Caracas)
Edificio La Almudena, 5.º piso, apto. 9
CARACAS (Venezuela)